



AUTOBIOGRAFÍA de HORACIO J. A. RIMOLDI

Escribir una autobiografía lleva, en cierta medida, el peligro de hacerse cómplice de las jugarretas que nos hacen los recuerdos, de las ilusiones que no se llegaron a vivir, de las desilusiones que nos atribularon y de las esperanzas incumplidas, así como de todas las bendiciones recibidas. Es reactivar y revivir las recónditas fibras y vericuetos de cada ser para que emerjan con honestidad y lucidez los episodios que otrora vivimos o que nos vivieron, para darnos placer o para darnos pesar. Es pues traer el antaño al hogaño para deshilvanar imágenes y enhebrar los recuerdos, los pensamientos y las emociones que el tiempo, ora suaviza y esfuma creando fantasmas inciertos y titubeantes, ora anima y lustra creando visiones pertinaces y vigorosas que sólo en parte se corresponden con lo que fue. Porque en una autobiografía se mezclan lo objetivo de lo subjetivo y lo subjetivo de lo objetivo y en su justa y ecuánime participación y aporte se centra su veracidad.

Me han dicho que nací en Buenos Aires el 11 de abril de 1913. Dicen que era casi medianoche, antes de la alborada, como para que pudiera prepararme para recibir la luz. Esa luz me alumbró primero en el regazo de mis padres y fue la guía firme, pero dulce y comprensiva, que ellos me brindaron. Y así, en ese período inicial que no recuerdo claramente en su totalidad y que conozco por algunas memorias y por lo que otros me han dicho, fui creciendo de asombro en asombro, de entendimiento en entendimiento y de curiosidad en curiosidad al ver cada día dibujarse y plasmarse mejor ese mundo al que me acercaba con confianza, con devoción y con fe. Desde esa atalaya de seguridad que era el hogar aprendí a comprender, a distinguir, a unir y a valorar. También aprendí, en ese pequeño gran mundo de padres y criados, que la libertad es un preciado don que no debe traspasar la libertad del prójimo. Así desde temprano adquirí la convicción de que toda forma de tiranía sobre la mente del hombre es un delito contra Dios. A eso fui siempre fiel.

A los cuatro años de edad sabía leer y escribir, comenzaba a ejercitarme en el piano y se me dieron todas las oportunidades para que pudiera probar y encauzar los que en ese entonces eran múltiples, y aún no bien definidos, intereses. Prefería un libro a ejercitarme en un juego o en un deporte y ansiosamente buscaba a todo explicaciones inventando las formas que me parecían más eficaces y adecuadas para lograrlo. Y es inolvidable la emoción que experimenté cuando mi padre, una tarde, me regalara lo que fue mi primer libro. Así se iba gestando mi interés por la investigación y por la metodología.

Esta curiosidad, tempranamente adquirida fue sugerida y nutrida por mis padres. Fueron ellos quienes estimularon mi inquietud e hicieron aflorar una curiosidad responsable, sistemática y persistente, sin la cual, el arte de la ciencia se vuelve imposible.

Hasta mi ingreso a la escuela primaria, fueron mis padres exquisitos pedagogos. Para ese entonces había hecho progresos en escritura, lectura, aritmética y geometría. Había adquirido con la dirección de mi madre, un razonable control del teclado y me solazaba dibujando y pintando las imágenes de mi fantasía. ¡Qué doloroso era no poder expresar en dibujos, en colores o en sonidos lo que pedía mi imaginación! Pero el numen del artista no se posó en mi aunque el adiestramiento en las artes, que lo tuve y prolongado, me sirvió para afinar la capacidad de ver y descubrir, de oír y admirar pero no de crear. Ello, sin embargo, sería más tarde de gran utilidad. Saber percibir, afianzar la curiosidad y buscar con método forman una buena base para ejercer la ciencia experimental.

Al ingresar a la escuela primaria no tuve problemas de adaptación. Trataba de trabajar con el orden y la responsabilidad que me inculcaron mis padres en el hogar y en la escuela mis excelentes maestros de los cuales conservo un inolvidable recuerdo. Allí aprendí a ser parte integrante de un núcleo de compañeros de las más diversas condiciones culturales y sociales. Eso configuró una temprana experiencia que facilitaría mis futuras relaciones humanas.

Hice los ocho años que duraba entonces la escuela elemental en seis. Comencé a organizar mi biblioteca, a descubrir los secretos de la literatura universal más perenne y a interesarme por los problemas de la ciencia en general. Todo esto se acompañaba de una mayor ejercitación en mis estudios musicales. Simultáneamente tenía clases de dibujo y pintura, que duraron casi seis años, mientras mis padres me enseñaban francés e inglés. Nunca aprendí lenguas clásicas, exceptuando algo de sánscrito en un curso que tomé tardíamente. De esta carencia no he dejado de lamentarme. Pero el adiestramiento en las artes fue invaluable en mi actividad científica. Así comprendí que la naturaleza tiene más secretos que los que encierran los laboratorios y más bellezas que las que despliegan los más bellos museos y que la ciencia trasciende simulaciones y modelos y está lejos de ser un juego de azar. En fin, que fue una niñez ocupada, pero no fatigada, que maduré enriqueciéndome con lo que otros me dieron y con lo que, paso a paso descubrí, gracias en gran medida a un núcleo familiar bien intercomunicado en donde lía los cánones en pro de una conducta libre pero responsable y respetuosa.

Recibí tanto y tan bien que dudo que baste una vida para pagarlo. Así fui acumulando experiencias y aprendiendo a vivir en sociedad. Y llegó el esperado momento del milagro de más vida con el nacimiento de mis dos hermanas con las que a lo largo de muchos años seguimos un sendero de concordia, comprensión y tolerancia que nos hace solazar en una relación de afecto, respeto y paz. Pasar de ser hijo único a ser uno de tres fue una experiencia enriquecedora porque en mi hogar me habían enseñado que toda nueva vida es una dádiva de Dios. Y Dios quiere el bien de los justos.

El hogar se transformó en un mundo más grande y complejo. Nuestras comidas eran un apasionante ejercicio de la capacidad de indagar, inventar e imaginar. Creábamos todo tipo de problemas y tratábamos de resolverlos. Se discutían suposiciones y premisas mientras nuestros padres nos ayudaban a salir de los atolladeros en que solíamos caer insistiendo en que nos expresáramos con corrección de manera que la palabra fuera fiel imagen de la idea. Era un verdadero simposio familiar en miniatura. En un ángulo de la mesa se acumulaban los libros de todo tipo que nos traía, a nuestro pedido, la camarera que resultaba ser, a poco andar, una eficiente

bibliotecaria. En el ágape se nutrían ambos, el alma y el cuerpo. Nuestra destreza en aritmética y geometría se ponía a prueba en los ejercicios de cálculo mental con que nos estimulaba nuestro padre, en los problemas de sintaxis se ponía a prueba nuestro dominio de la gramática, en los de ciencia nuestro aprovechamiento de las enseñanzas y las lecturas de física y ciencias naturales y en los de literatura y música se encauzaba nuestro sentido de la estética. Aprendimos que el saber respetar las opiniones e ignorancias propias y ajenas es signo de fortaleza y no de debilidad y que nadie, excepto Dios, posee toda la verdad.

Llegó así el momento de iniciar mis estudios de bachillerato. Se iba esfumando la niñez y perfilando la adolescencia. Si hubo trauma, como es hoy moda suponer, no lo sufrí, porque todo en mi hogar se combinaba para que fuera la evolución, dentro de la ley natural y no la revolución la que rigiera los sentimientos y la razón en desarrollo.

Mis profesores fueron, en su gran mayoría, ejemplos de honestidad intelectual y ética. Despertaron en mí un universo de interrogantes al presentar los principios fundamentales de las ciencias y de la literatura para que partiendo de ellos intentara avizorar la trama que subyace a lo que se ignora. Si bien es cierto que los estudios secundarios trajeron muchos conocimientos, fundamentalmente generaron más curiosidad.

Tuve como compañeros a jóvenes con privilegiado talento y con refinado sentido estético. Al salir del colegio no eran minutos, sino horas las que dedicábamos a la búsqueda de más libros y a la conversación, esa noble actividad hoy muy olvidada. Discutíamos arduos temas, para cuya dilucidación se requiere más talento que el que poseo. El hacerme consciente de esa limitación, me ayudó a comprender que a los misterios del universo uno debe acercarse con humilde devoción y que no son las teorías quijotescas, por bien estructuradas que estén, las que mejor explican lo que se desconoce. Los modelos abstractos suelen no resistir el más simple impacto de la realidad. Forzar a la naturaleza es un gravísimo error, dejar que ella nos guíe es sabiduría.

Hice entonces amistades que perduran y aprendí mucho de lo que más tarde sería indispensable en mi labor. Este aprender llevaba consigo una considerable dosis de dedicación. Fueron muchos los fines de semana íntegramente dedicados a estudiar, muchas las veces en que hasta altas horas de la noche estudiaba acompañado por mis padres y muchas las vacaciones estivales en que preparaba con febril curiosidad las materias del año a iniciar. Mucho de suerte hizo que se me otorgara la medalla de oro al mejor alumno del bachillerato.

Al terminar la escuela secundaria había leído y meditado, dentro de mis limitaciones sobrepasadas por la curiosidad, a algunos grandes de la tradición de occidente. Y comencé a pensar que, como alguien dijera: "your ends by your beginnings know" y que mientras las creaciones del arte eran imperecederas y atemporales, los descubrimientos de la ciencia eran temporales y perecederos.

Mis estudios universitarios comenzaron en la escuela de Medicina. Había elegido esa carrera pues entre las que se ofrecían entonces en el país, medicina cubría lo que consideré ser la más variada gama de posibilidades para poder encarar en el futuro mi dedicación final.

Fue al cursar fisiología, bajo la dirección de Bernardo A. Houssay, que más tarde sería Premio Nobel, cuando cuajó mi vocación por la ciencia experimental. Houssay era excepcional como científico y como ciudadano. Su ejemplo ha servido de guía a toda una generación y al elogiarlo se corre el riesgo de no hacer justicia concorde con sus méritos. En Houssay se aunaban la sabiduría y la perseverancia, el respeto por el pasado y la visión de futuro, la disciplina, la comprensión y la responsabilidad y una exquisita sensibilidad por lo humano y a mí me tocó en suerte ser ayudante, en su Instituto, durante tres años. Allí aprendí a juntar la teoría de la ciencia con su práctica y a comenzar a entrever y experimentar los más recónditos vericuetos que tiene el hacer de la ciencia un arte magna. Porque la ciencia descubre a la naturaleza inventando las artes, que son los métodos que lo posibilitan, siendo menester no sólo diferenciar, sino también unir.

Los tres años que pasé en el Instituto de Fisiología fueron muy significativos. A unas inotras sobre la transmisión neurohumoral, utilizando el método de la circulación cruzada en batracios. Tuve entonces la oportunidad de establecer relaciones con distinguidos investigadores de los que aprendí ciencia. Dadas estas circunstancias resulta pues comprensible que cuando la Facultad de Medicina me distinguiera con la designación de Practicante Interno del viejo Hospital de Clínicas recibiera la noticia con sentimientos encontrados. Eso significaba tener que elegir entre dejar atrás un mundo que me era familiar y ameno para entrar en otro que, sin dudas, también correspondía a la profesión que había elegido y en la cual me estaba adiestrando. Sin embargo la decisión no tardó en corporizarse y me integré al Hospital.

En los tres años de práctica hospitalaria aprendí, tanto de medicina como de humanidad, lo que no hubiera alcanzado en el aislamiento de un laboratorio. Comprendí que las caras de la vida son múltiples y que es bueno que se imprima en ellas la satisfacción que trae el haber cumplido bien y responsablemente con nuestros deberes y obligaciones. El del hospital fue un mundo de sorpresas, en el que no siempre se presentaban situaciones lógicas y en donde se entremezclaban razones, intuiciones y sentimientos.

Matizaba las tareas del hospital y los estudios de medicina con abundantes lecturas. La biblioteca que había iniciado en la infancia era ya un conjunto apretado de lo que famosos escritores habían dicho y decían sobre el paisaje, sobre el hombre y sobre sus relaciones con otros hombres y con la divinidad. Era un significativo placer llenar el tiempo con lecturas enjundiosas y elegantes donde los mecanismos del raciocinio y los embates de los sentimientos jugaban animados papeles.

Me recibí de médico con medalla de oro. Por haber cumplido, creo que razonablemente bien, con mis deberes de estudiante se me ofrecieron innumerables oportunidades de trabajo. Pero mi vocación era ya más firme y decidí dedicarme a la psicología experimental en la esperanza de poder así tender un puente entre las que se han llamado ciencias blandas y ciencias fuertes. Existía allí un amplio campo de acción y todo hacía suponer que en los años venideros esta disciplina adquiriría más fuerza que la que entonces poseía. Mirando hacia atrás creo que en ello no me equivoqué.

En 1939 se me otorgó una beca del "British Council" para estudiar psicología en Londres. El barco inglés que me transportaba zarpó a mediados de agosto. Quince días más tarde, en plena alta mar, recibimos la noticia de la declaración de guerra entre Inglaterra y la Alemania de Hitler. No es éste el momento de entrar a detallar las peripecias que me tocó vivir como consecuencia de la situación bélica. El hecho concreto fue que al llegar a las islas Canarias recibí noticias de Londres indicando que dada la emergencia no habría clases en la universidad.

Desembarqué en la Gran Canaria esperando un barco que me llevara de regreso a la Argentina. Allí pude apreciar los horrores que había causado la guerra española: muerte, tristeza y desolación. Y mientras tanto las noticias que llegaban de Europa y las caras traspasadas por el terror y la angustia de los que huían, permitían adivinar el horror del holocausto que se ejercía metódicamente en una ardiente Europa. La cuna de nuestra cultura y civilización, cansada y maltrecha, miraba a América con la poca fe y esperanza que aún le quedaba. Esa fue la primera de una abundante serie de experiencias, aún más dramáticas, que viví en Inglaterra, durante los inolvidables años de la guerra. Tener la sensación y la convicción de que la muerte acecha nos hace agradecer, por aquello de "count your blessings", las bendiciones y bondades recibidas.

Regresé a Buenos Aires con el alma apesadumbrada. Mi retorno era decir adiós a mi vocación o al menos ponerle un serio obstáculo. Fueron muchas las horas que pasé en el barco mirando cómo el mar se hacía y deshacía, permaneciendo siempre el mismo. Y mis pensamientos también hacían y deshacían fantasías con las que intentaba atemperar mi desazón sin encontrar solución.

Al regresar a Buenos Aires me enteré de que las universidades inglesas seguían funcionando y, dos meses más tarde, ya en plena guerra, me reembarqué rumbo a Londres. Pasamos frente a los restos del acorazado de bolsillo Graf Spee hundido frente a Montevideo después de la batalla del Río de la Plata, nos perdimos en un campo de minas en el Canal de la Mancha y finalmente, después de múltiples peripecias, desembarcamos en Weymouth.

La estadía en Londres, con tareas en el Maudsley Hospital, trasladado con motivo de la guerra a Mill Hill, duró pocos meses. De allí pasé, como estudiante avanzado postulándose para el doctorado, a la Universidad de Oxford, en donde con la anuencia de William Stephenson me incorporé al "Corpus Christi College". Siglos ha, había sido miembro de ese colegio Luis Vives cuyas colmenas aún existen en los jardines del mismo.

En Londres, con la colaboración de E. Gutmann, publiqué mi primer trabajo de investigación titulado: "Fatigue and the Effort Syndrome". Este era entonces un tema de actualidad y muchos de los sujetos investigados habían sido soldados evacuados desde Dunquerque. Tuve así oportunidad de tener información directa de lo que estaba pasando más allá del Canal de la Mancha.

Mi primer contacto directo con la escuela de Ch. Spearman, fue a través de su alumno, profesor y amigo que fue W. Stephenson. Spearman juntó las mejores tradiciones de las filosofías alemana e inglesa y de la estadística británica tal como se daban a comienzos de siglo. Su teoría sobre la inteligencia tiene aún actualidad y sus estudios metodológicos sobre correlaciones y análisis factorial, aunque así no se le llamara entonces, siguen teniendo vigencia y son un ejemplo de ingenio, originalidad y penetración científica. Fue a través de Stephenson que descubriría un sendero con alucinantes recodos e innumerables vistas.

En el "Institute of Experimental Psychology" de Oxford comencé a hacer investigaciones sobre ritmo, tema elegido para mi tesis doctoral. Trabajé con dedicación, seguí diversos cursos y gocé plenamente de la vida en un "college" inglés. Desgraciadamente esas tradiciones y ese sistema que engendró muchos "scholars" y caballeros va desapareciendo frente a las urgencias y reclamos de la vida actual. Así se modifica, actualizándose, esa corriente de hombres que desde hace siglos trató de atesorar saber, a través de una no interrumpida conversación, que con sus éxitos y falencias nos hizo llegar al hoy. Tuve durante esos años la oportunidad de experimentar el vigor moral y físico con que toda una nación sufrió los embates de una guerra que destruyó personas y cosas pero fue impotente frente a la determinación de un pueblo.

Oxford fue una experiencia inolvidable sólo igualada, pero no superada, por mi vida en otras grandes universidades del mundo. La experiencia de siglos y los siglos de apasionada pero razonada discusión de todo aquello que forma el acervo cultural de occidente han moldeado una manera de ser, de ver, de pensar y de sentir que hacen de Oxford, un ejemplo único de tolerancia, de comprensión, de imaginación, de agudeza y de exquisitez. Una gran universidad como Oxford educa liberando y libera educando y así trasciende el mero adiestrar a profesionales, el acumular información, el ejercitar en técnicas o el aprender ciertas estereotipias que son sólo la máscara de una educación. Conocí allí a insignes científicos e investigadores entre los cuales merece citarse en primerísimo lugar a Pío del Río Hortega, a Salvador de Madariaga y a otros insignes científicos que, de allende el Canal de la Mancha, buscaban refugio en Inglaterra.

Podría llenar páginas relatando las imborrables experiencias vividas en Inglaterra país en el que tenía el firme propósito de permanecer hasta lograr un doctorado en Oxford. Pero las circunstancias determinaron que debiera abandonar ese país para hacerme cargo de las cátedras de Biología y de Psicología Experimental, en la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina, de reciente creación. Ello significó pasar de lo tradicional a lo nuevo, de lo sopesado y meditado

a lo que se estaba engendrando, de lo que se nutre en la historia a lo que comienza a ser historia. Dejaba atrás todo un estilo universitario para enfrentar algo nuevo y desconocido, interrumpiendo así mis estudios para el doctorado en la Universidad de Oxford.

El viaje de vuelta, lleno de peripecias ocasionadas por la guerra, se hizo pasando por Nueva York, después de una no premeditada estadía en Lisboa. Esa sería mi primera experiencia en el gran país del norte, en Me trasladé a Mendoza, donde funcionaba la Universidad de Cuyo. Esa Universidad contaba entonces con un conjunto entusiasta e inteligente de jóvenes investigadores que, a poco andar, hicieron de ella un centro de excelencia, con ebullición de ideas y proyectos y con pujante actividad. Hice allí algunos amigos que fueron de toda la vida. Teníamos la convicción de estar preparando a las futuras generaciones, había confianza y fe y en esos primeros años se creó un noble y promisorio centro de investigadores que no sospechaba los años aciagos que sobrevendrían a poco andar, interrumpiendo así una auspiciosa labor. Muchos de ellos, por ejemplo C. Sánchez Albornoz, J. Cortazar, los hermanos Coromínas y otros que sería largo enumerar, reconocidas figuras en las artes y en las ciencias que con real devoción ilustraban a jóvenes alumnos, irían años después, a formar parte de los mejores centros culturales del hemisferio norte, tanto de Europa como de América, o se retirarían de la tarea universitaria. Tales pérdidas de talento tienen lamentables consecuencias y son de muy difícil reparación.

Había un tácito acuerdo entre el Rector de la Universidad, el Dr. Houssay y yo, de que se me proporcionarían los medios necesarios para realizar investigaciones en psicología experimental. Sin embargo, pasaba el tiempo y eso no se cumplía. Fue entonces que decidí tomar medidas más enérgicas, pese a que ellas no siguieran las reglamentaciones existentes y de cuya inoperancia estaba siendo víctima.

La Universidad había adquirido una vieja casa que en ese momento estaba siendo reparada para instalar parte de una escuela que era una insaciable ocupante de más y más espacio. Un buen día el director de la misma, sin sospechar trapisondas, me invitó a conocer el lugar. Vi mi oportunidad. Una vez terminada la visita volví a entrar, quité las llaves de cuatro habitaciones contiguas y salí llevándome las llaves. Esa noche hice mi mudanza alquilando un carro y transportando libros, papeles, muebles y equipo de laboratorio que en calidad de préstamo me había facilitado el Dr. Houssay. La mañana siguiente reuní a varios estudiantes que habían expresado interés en investigar en psicología y fue así como comenzó a funcionar, sin luz eléctrica, sin agua, sin calefacción y en condiciones precarias, el Instituto de Psicología Experimental de la Universidad de Cuyo, uno de los primeros en Argentina.

Un grupo de entusiastas jóvenes se asoció al Instituto, mientras que las autoridades requerían la pronta devolución de las premisas prometiendo que en breve plazo, recibiríamos un edificio aún no construido. Me negué sistemáticamente a transar y en el curso de algunos meses el entredicho se olvidó y el Instituto siguió funcionando en el mismo lugar hasta que, conjuntamente con otros profesores partí, a fines del año 1946.

Durante los casi cinco años de mi permanencia en Cuyo fue posible organizar una bien equipada biblioteca de libros y revistas y se iniciaron trabajos de investigación relacionados con problemas educacionales e industriales. Se iniciaron las Publicaciones del Instituto de Psicología Experimental de la Universidad de Cuyo que, entre otros temas incluyeron la tipificación para la Argentina de la Prueba "Progressive Matrices" de Raven, estudios sobre la dinámica de los procesos intelectuales y un análisis del desarrollo intelectual entre los 11 y los 14 años de edad. En esas monografías se utilizaban técnicas avanzadas para esa época, poniéndose especial énfasis en la aproximación experimental y en una razonable aplicación de los nuevos adelantos en materia de metodología científica y de psicometría. Se logró una amplia y eficaz colaboración de las autoridades escolares de la provincia al mismo tiempo que el Instituto crecía sin pausa. Se inició

así una renovación y puesta al día de problemas psicológicos. Fue una faena que trajo sorpresas de todo color y contenido así como la satisfacción de despertar vocaciones e intereses entre inteligentes y dedicados jóvenes, muchos de los cuales seguirían contribuyendo con su talento en tareas universitarias.

Entre los años 1941 y 1946 continué mis estudios de matemática, estadística y psicología. Creía que era necesario construir el puente que lleva de las ciencias fuertes a las más débiles. Esta creencia no me ha abandonado y en pro de ella he seguido trabajando. Fue en ese período que continué con mis estudios sobre Ritmo y Fatiga, tema sobre el que versó mi doctorado en medicina y por el que se me adjudicó el premio a la mejor tesis conferido por la escuela de Medicina de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Esta obra fue oportunamente publicada como libro. Fue allí donde por primera vez comenzó a preocuparme el estudio de las variable orden , ritmo y tiempo, temas en los cuales trabajaría en los años venideros y que se discutirían en forma directa en dos trabajos aparecidos en 1951 y 1955 sobre "Tempo" y "Problem solving processes" cabiéndome así la responsabilidad de haber sido partícipe en la iniciación de lo que se llamaría psicología cognitiva.

Durante mi estadía en la Universidad de Cuyo fui invitado por otras universidades del país y de los países limítrofes a dictar cursos y conferencias. Recibimos muchos visitantes del exterior, principalmente de los Estados Unidos, y de Sud América que veían en el Instituto de Psicología Experimental un centro a considerar en relación con la actualización en la investigación psicológica y metodología en las ciencias sociales. Mis alumnos y colaboradores tendrían, en años venideros, responsabilidad en la enseñanza de esas ciencias en otras universidades de la Argentina. Algunos viajaron para mejorar su capacitación a los Estados Unidos de Norte América y a diversos países de Europa y al volver desarrollaron una significativa labor en pro de las ciencias sociales en la Argentina. En este campo merecen especial mención las muy tempranas relaciones con la República Oriental del Uruguay, país con el cual he mantenido, mantengo y espero seguir manteniendo estrechos vínculos científicos.

Y llegó el año 1946, año de muchas memorias para recordar, cuando debí partir. Se me habían adjudicado tres becas, una del Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norte América como "Visiting research professor" en la Universidad de Chicago y otra del "Frank Fund" de la misma Universidad y una tercera de la Guggenheim Foundation. Fue en agosto de ese año cuando, seguro del futuro inmediato, pero inseguro del futuro a largo plazo, partí para los Estados Unidos. Esta incertidumbre, varias veces repetida en mi vida, me ha enseñado a confiar y a tener fe, aún cuando se vivan momentos sombríos y amenazadores. Es que el futuro pertenece a los hombres de fe, a los que detrás de las dificultades ven las innumerables posibilidades que hay en el mundo y a los que afrontan, sin temor pero con cautela, lo incierto.

Llegué a Chicago en agosto de 1946 y me puse inmediatamente en contacto con L.L. Thurstone, con quien había mantenido correspondencia, pues deseaba trabajar y aprender, bajo su dirección en el "Psychometric Laboratory" de la Universidad de Chicago. No olvido nuestra primera entrevista en el "Quadrangle Club" en la que Thurstone y yo hablamos con una claridad desusada sobre las actividades de su laboratorio, sobre mis experiencias y sobre cómo se desarrollaría mi labor. Se sentaron las reglas de juego que regularían mi actividad y a ellas nos ajustamos estrictamente durante más de cinco años, con el agregado de que aquello que se inició como un entendimiento cordial terminó siendo una relación de creciente comprensión y afecto. Fueron innumerables las oportunidades que tuve de dialogar con Thurstone sobre múltiples temas de ciencia y arte en la tranquilidad de su acogedor despacho, en su hogar, mientras llenábamos el encerado con las imágenes de las ideas y conceptos que emergían en la conversación y con fórmulas matemáticas intentando, a través de los específicos, generalizar.

Thurstone conjuntamente con B. Houssay, fueron las influencias más importantes que tuve en mi carrera científica. Ambos poseían una lucidez mental y una claridad conceptual deslumbrantes

y no había tema que no en tienen los cerebros privilegiados. Thurstone ha sido probablemente el más extraordinario psicómetra de este siglo, y su talento desglosaba con certeza y profundidad cuestiones de muy variada índole. Era un científico que desarrolló una metodología aplicable al estudio de problemas en variadas ciencias. Sus contribuciones a la teoría de medición, principalmente "scaling", y el análisis factorial, son hitos de inusual importancia y su concepción teórico-experimental sobre la inteligencia sigue siendo un pilar en el análisis de los procesos cognoscitivos.

Fue en el laboratorio de Thurstone que tuve oportunidad de establecer relación con figuras tales como J.P. Guilford, W. Kohler, R. Catell, H. Bechtoldt, L. Cronbach, H. Gulliksen y, entre otros, con Mariano Yela con quién me unió una perdurable amistad. Mi última reunión con él fue en ocasión de un viaje que hicimos juntos a Salamanca donde él había recibido merecidos honores por la labor que, conjuntamente con otros investigadores, había cumplido en pro de la psicología en España.

La beca Guggenheim que había obtenido en 1946 me permitió investigar por aproximadamente un año en la Universidad de Harvard, bajo la dirección de G. Allport y E. Boring, dos figuras sin par en la historia de la psicología. Allí, realicé estudios sobre "Personal Tempo", tema sobre el cual se hizo una publicación que sería años más tarde complementada con otros estudio similares y pude gozar del beneficio de las sugerencias que esos maestros de la ciencia me ofrecieron en todas las ocasiones. Así se amplió y profundizó mi comprensión de la psicología y se definieron más claramente nuevos temas de investigación.

Bien entrado el año 1948 regresé a Chicago para reincorporarme al "Psychometric Laboratory", y fue por sugerencia de Thurstone y de otros profesores del departamento de Psicología de esa Universidad que me presenté como candidato al doctorado en Filosofía, especialidad Psicología. Thurstone, fue mi director de tesis conjuntamente con Stephenson, entonces en Chicago, y en la segunda mitad del año 1949 obtuve el título de doctor en filosofía que, por las razones antes anotadas, no había podido finalizar en Oxford. Mi tesis versó sobre "Study of some Factors related to Intelligence". A ella se agregaron estudios publicados sobre el factor central de inteligencia, en los cuales intenté demostrar la relación existente entre las teorías de Spearman y de Thurstone. Otros estudios se referían a problemas de "scaling", tempo y teoría de medición, temas en los que seguiría trabajando y publicando en el futuro.

Hasta 1951 permanecí en la Universidad de Chicago como "Special Research Fellow" del "U.S. Department of Public Health" en las escuelas de medicina (Billings Hospital) y en el departamento de psicología. Durante varios meses actué como consultor en la Universidad Nacional de Colombia, en donde se me designó profesor de psicometría. Años más tarde volvería a ese país en el que Mercedes Rodrigo había realizado una excelente labor. La amistad que nos unió fue un factor determinante para que, años después, estableciera estrechas relaciones con la Universidad de Puerto Rico, institución en la que ella seguía desarrollando su labor después de dejar Colombia. En Puerto Rico dicté conferencias y serví como asesor y recibí. en mi laboratorio en Chicago, a estudiantes de ese país que se doctoraron bajo mi supervisión.

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay, me contrató como profesor entre enero de 1951 y fines de 1952. Me cupo organizar un segundo Laboratorio de Psicología en el que se realizó una seria labor de docencia y de investigación. Se inició una moderna biblioteca y pude contribuir a formar un grupo de jóvenes investigadores, algunos de los cuales ocupan hoy lugares de responsabilidad en su país mientras otros lo hacen en diversos países de América. Por haber comprendido el propósito que guiaba al laboratorio de psicología y por haber cerrado filas detrás de su organizador, doy mis gracias a ese grupo de entonces jóvenes científicos uruguayos que me tocó en suerte dirigir y orientar. Ellos hicieron posible la creación de la carrera de psicología, con algunos de cuyos profesores guardo especial amistad. Entre otras labores se tipificaron las "Primary Mental Abilities" de Thurstone y se escribieron artículos sobre diferentes procedimientos de evaluación.

Antes de mi partida para el Uruguay había recibido una invitación, que quedó pendiente, para incorporarme como "Research Associate" al "Educational Testing Service", en Princeton, New Jersey. Aprovechando esa invitación me trasladé nuevamente a los Estados Unidos de Norte América en donde permanecería hasta 1970.

Me incorporé al "Educational Testing Service" a fines de 1952 permaneciendo allí hasta mediados de 1954 cuando volví a la Universidad de Chicago. Fui designado consultor del Departamento de Psicología de la Universidad de Princeton y desarrollé varios proyectos de investigación sobre psicofisiología y personalidad. Pero tal vez lo más significativo fue que tuve ocasión de formular y madurar ideas que se referían a la metodología a seguir para el estudio de los procesos psicológicos en contraposición al análisis exclusivo de la respuesta que sigue a la aplicación de un estímulo. El problema podría reducirse a saber la diferencia que existe entre a) tener información y b) saber cómo usar esa información. Ello significaba desarrollar una metodología que facilitara la evaluación de los procesos cognoscitivos considerando no sólo los ítems de información solicitados pero la secuencia temporal en que los mismos ocurren, diferenciando así los componentes ordinales de los cardinales según se dan en un determinado proceso.

Por aquello de que siempre se vuelve al primer amor, me dediqué a averiguar cómo los médicos efectúan un diagnóstico, desarrollando para ello una técnica aplicable al estudio de los procesos cognitivos en múltiples ciencias y que en el caso que ahora discutimos dio origen a lo que se llamaría "Test of diagnostic Skills". En un trabajo publicado en 1955 titulado "A technique for the study of problem solving" se presentó la técnica y los resultados obtenidos. Esta labor se llevó a cabo en los mismos orígenes de la hoy llamada psicología cognitiva, que en buena medida había sido anunciada, entre otros, por K. Duncker, M. Wertheimer, B. Bloom y G. Polya, autores lamentablemente ignorados en muchas de las recientes publicaciones sobre el tema. Me cupo así trabajar desde sus mismos orígenes en el campo de la psicología cognitiva cuyos problemas había esbozado muchos años antes en varios estudios, entre ellos, el titulado "The Central Intellectual Factor". Sobre el tema publicaría un abundante número de artículos y monografías.

Al recibir una invitación de la Universidad de Chicago para actuar como "Research Associate, Associate Professor" en el "Committee on Behavioral Sciences" y en la ya no existente "Examiner's Office", me trasladé a la ciudad de Chicago en 1955. Allí, con la colaboración de un grupo excepcional de investigadores diseñé el "Problem Solving and Information Apparatus" cuyo objeto era investigar las tácticas involucradas en los procesos de resolución de problemas lógicos con estructuras formales de complejidad variable. Tal instrumento era una aplicación concreta de los principios e ideas que hicieron posible y fundamentaron nuestro "Test of Diagnostic Skills". La técnica empleada implica la presentación de un problema clínico que se debe diagnosticar. Para hacerlo los sujetos hacen preguntas al paciente (entrevista, examen físico, exámenes de laboratorio, etc.) y el experimentador les da la respuesta que corresponde a cada una de esas preguntas. Las preguntas y el orden en que se hacen identifican a la táctica observada que, se supone, corresponde al proceso mental del examinado.

Esta manera de proceder hace del sujeto un activo buscador de información, de modo que la táctica observada es un índice de la cadena de decisiones y de cómo se va acumulando información. Se combinan así las teorías de decisión y de información. Mientras en los tests usuales es el experimentador quien infiere el proceso, estudiando las respuestas que da el sujeto, aquí es el sujeto quien revela, a través de su táctica, el proceso que sigue para obtener una respuesta. Si se me permite la expresión la táctica sería una parcial objetivación del proceso cognitivo del sujeto examinado.

No escapará al lector que tal técnica lleva directamente a estudiar procesos de solución de problemas en múltiples áreas, como se puede verificar en los estudios que mis colaboradores y yo hemos publicado sobre el tema. Tampoco escapará al lector que al introducir el orden como una componente fundamental del proceso se incluye una variable que generalmente se ignora en

muchas evaluaciones psicológicas. Y es que el orden en que se hace una determinada pregunta o el momento en que se adquiere cierta información no puede ni debe ser ignorado en la interpretación de las tácticas empleadas para resolver problemas.

El Departamento de Psicología de la Universidad de Loyola en Chicago había incorporado, en un plan de reestructuración, a nuevos profesores entre los, que cabe mencionar a F. Kobler, a M. Arnold y a Ch. Curran. Se me ofreció, y acepté, un nombramiento conjunto en la escuela de graduados y en la escuela de medicina (Stricht Medical School) como "Associate Professor" en 1955, "Professor" en 1957, y "Distinguished Professor" y Director del Programa de medición, "Measurement Program" en 1965.

Aparte de los cursos y seminarios de postgrado que dirigí, me puse en acción para establecer un centro de investigación. Era éste el tercer laboratorio que organizaba y la experiencia previa resultó invaluable. Conseguí abundante espacio físico y un entusiasta grupo de jóvenes con los que comenzó a funcionar el "Loyola Psychometric Laboratory" (L.P.L.). Por él pasaron más de cuarenta distinguidos investigadores y estudiosos de diversos países del mundo que hicieron allí, bajo mi dirección, sus tesis doctorales. Muchos de ellos fueron luego jefes de departamento y profesores o investigadores de prestigio en universidades y en organizaciones culturales en diferentes países del mundo.

El L.P.L. fue un centro de intensa actividad científica. Se obtuvieron importantes subsidios para apoyar la investigación, fundamentalmente en aquello que se relaciona con la metodología psicológica y con el estudio de los aspectos cognoscitivos en la solución de problemas. Se premió nuestra labor y se nos facilitó, sin cortapisas, todo aquello que pudiera contribuir a mejorar y desarrollar nuestra tarea. Y hoy agradezco a todos los que hicieron posible organizar un centro en el que todos maduramos en gratitud y comprensión.

Las investigaciones que se completaron fueron generosamente apoyadas y financiadas, lo que nos permitió trabajar en variados temas sin preocupaciones ni de tipo administrativo, reglamentario o económico. Se investigó a fondo el aspecto cognoscitivo relacionado con el diagnóstico médico, y se efectuaron varios estudios sobre "scaling" y "pattern analysis" se completaron estudios sobre solución de problemas en relación con la edad y con el nivel socioeconómico y educacional, con el sistema neurovegetativo, con los efectos de los psicofármacos, con los déficits sensoriales, con casos de patología mental, etc.

A las investigaciones antes señaladas se agregaron varios trabajos sobre corazones anormales congénitos, realizados conjuntamente con el distinguido patólogo M. Lev, y sobre "tempo" y ritmo lo que introdujo en nuestras investigaciones esa variable no siempre considerada, que es el tiempo. Buena parte de estas contribuciones a la teoría y experimentación psicológica fueron publicadas en revistas especializadas ya como artículos ya como monografías en las "Loyola Psychometric Laboratory Publications", de las cuales apareció un total de sesenta. Una inspección de las mismas muestra cómo fueron variando y cómo se fueron plasmando nuestros intereses dentro de un plan cuyos dos objetivos principales eran, como ya se ha insinuado, el estudio de los procesos cognoscitivos en variados contextos y el desarrollo de las metodologías más apropiadas para lograr su evaluación y análisis, incluyendo, ya en el año 1964, la utilización de la teoría de información para evaluar procesos cognoscitivos considerando el ordenamiento de las preguntas y su efecto en la reducción de incertidumbre. La técnica empleada en la mayoría de estos estudios fue la utilizada en la construcción y aplicación del Test de Habilidad Diagnóstica antes citado, la que además se empleó para evaluar algunos aspectos de la personalidad y facetas del psicodiagnóstico y de la psicoterapia.

En el Departamento de Psicología de la Universidad de Loyola organicé la secuencia de cursos que llevó, en 1965, a oficializar el programa especializado sobre Medición en Psicología. Ello implicó la preparación de nuevos cursos de alto nivel para estudiantes aspirantes al doctorado en Psicología. Paralelamente se llevó a cabo una activa cooperación con el programa clínico y

con el experimental. De esta interdisciplinariedad y de la armonía y seriedad que regulaban las relaciones del L.P.L. con el resto del departamento surgió una generación de psicólogos clínicos y otra de investigadores con fuerte inclinación experimental, ricos en recursos metodológicos y sutiles en las aplicaciones de los principios científicos para dilucidar problemas concretos de comportamiento. Cabe mencionar que nuestra estrecha relación, con otros departamentos de psicología del país o del exterior, incluyendo la realización de proyectos de investigación, sirvieron para despertar nuevos problemas y revisar algunas de nuestras conclusiones. Hoy la interdisciplinariedad y la intercomunicación transnacional son componentes inevitables y valiosísimos en la faena científica.

Permanecí en la Universidad de Loyola hasta principios de 1970. Durante mi estadía en esa casa de estudios logré la sólida y firme amistad de los que fueron primero mis alumnos y luego mis colegas. Sin su decidida cooperación y ayuda y sin el apoyo y confianza que permanentemente me brindaron las autoridades, mucho menos se habría logrado. De no contar con ello, nuestra tarea hubiera carecido del calor y entusiasmo que orla y adorna a las obras que se hacen con fe, con esperanza, con devoción y con amor. El L.P.L. fue un centro de investigación donde se ejercía la responsabilidad y se practicaba una real y eficaz comunicación interpersonal. Por hacer que ello fuera así doy mis gracias a mis ex-alumnos y colaboradores y al mirar al L.P.L. a través del cristal de los años lo siento vivo y lo recuerdo con esa ensoñación que adorna a las labores que se hicieron con la colaboración de muchos nobles y dedicados espíritus. Y éste es tiempo de rememorar y de agradecer.

El lapso de quince años, entre 1955 y 1970, estuvo saturado con abundantes y repetidas lecturas de los clásicos de la literatura universal y con un metódico adiestramiento y práctica de piano. Cuánto aprendí con la ecuanimidad de Bach, con la irresistible avalancha de pensamientos y sonidos de Mozart, con el orden del desorden de los románticos y post románticos! Era un poco pasar -como lo expresa Schumann- de Eusebio a Florestán para descubrir mejor los vericuetos del alma. Y en mis lecciones de piano, bajo la experta guía de una maestra excepcional, se fueron deshojando y asentando algunos principios fundamentales de la pedagogía. Ciertamente fueron días y años de hacer síntesis, y de intentar mejor comprender.

En esos años dicté numerosos cursos y conferencias y actué como consultor en proyectos e instituciones culturales de los Estados Unidos. Viajé extensamente por Europa y América. Actué en Canadá, en Puerto Rico, en Colombia, en Argentina y en el Uruguay, donde se me designó Miembro de Honor de la Sociedad de Psicología de ese país. Fui invitado a dar ciclos de conferencias en varias ciudades de Francia, y cursos y seminarios en Zurich y en Madrid. En España se me honró al conferirme el premio de la Sociedad Española de Psicología. En 1957 fui nombrado Profesor Extraordinario en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina, año en que también se me designó, sin que me hiciera cargo, Profesor de Psicología II, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

A la dirección del Loyola Psychometric Laboratory uní, en 1967, la del "Parnly Hearing Institute", por designación de las autoridades de la Universidad de Loyola, permaneciendo en esta función hasta 1970.

Durante todo el período de tiempo que va entre 1946 y 1970 en que viví fuera de mi país, conté con la más amplia comprensión y ayuda de mi familia que, viviendo a miles de millas de distancia, en Buenos Aires, apoyó en todo momento mi labor, respetó mi vocación y estimuló mi capacidad de trabajo con una magnanimidad y altura que hicieron posible que pudiera dedicarme a mis estudios sin presiones extrañas y sin demandas irracionales. Lo que hice mal fue sólo el producto de mis limitaciones y de mi falta de capacidad y de ello soy el único culpable y responsable.

Después de veinticuatro años de ausencia volví a Buenos Aires. Luego de una, si es no es, larga serie de conversaciones y negociaciones, la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires me contrató en 1970 como profesor y comencé a instalar y organizar otro nuevo

instituto de investigación. Fui invitado a incorporarme, en su más alto nivel, a la Carrera del Investigador Ciencias y Técnicas (CONICET).

En 1971 se me designó profesor titular de la Universidad de Buenos Aires, y se firmó un convenio entre esa institución y el CONICET por el cual se creaba el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental (CIIPME) del cual fui nombrado director. Así se cumplió mi deseo, explícitamente solicitado, de que como requisito para volver a la Argentina se me debían facilitar los medios para organizar un centro de investigación para adiestrar a jóvenes científicos en psicología y ciencias afines.

Mi regreso al país se hizo posible gracias a la invitación del Dr. Bernardo Houssay, así como del Rector y del Decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Con esos auspicios nació CIIPME y fue con la entusiasta colaboración y cooperación de un grupo de jóvenes investigadores, que allí se formaron, que CIIPME creció y pudo y puede brindar los beneficios que ofrece un centro interdisciplinario con estrechas relaciones tanto nacionales como internacionales. Es hoy un centro con variados proyectos a cargo de más de treinta investigadores y ayudantes de investigación, con dedicación exclusiva, una bien equipada biblioteca, un centro de computación y una sección editorial donde se publica Interdisciplinaria, revista bilingüe (español-inglés), así como las Monografías de Interdisciplinaria.

Gracias a donaciones recibidas de instituciones privadas del país y de los Estados Unidos y con el apoyo del CONICET fue posible fundar CIIPCA (Centro Interamericano de Investigaciones en Psicología y Ciencias Afines) del cual soy director. En el correr de los años CIIPCA ha contribuido al equipamiento de la biblioteca y de la sección computación de CIIPME así como a la organización de reuniones internacionales que tuvieron lugar en varias universidades y academias del país. Dichas reuniones versaron sobre problemas relacionados con la evaluación de conocimientos en ciencias médicas y con problemas de índole teórico y metodológico relacionados en ciencias sociales.

La interdisciplinaria de CIIPME reúne a investigadores que practicando diferentes ciencias pueden comunicarse y entenderse con facilidad porque les anima el mismo espíritu y les atrae un mismo fin. Lograr esta unidad en la diversidad es el fruto de años de aprender, a cómo mejor hacer para transitar por senderos que desembocan en un mismo objetivo visto desde diferentes ángulos. Para ello fue necesario trabajar con cada investigador estimulando su ingenio, desarrollando su autocritica y cultivando el aprender a escuchar y a discutir, facilitando todo aquello que lleve a un real intercambio de ideas resultantes de un sobrio y ecuánime juicio. Así se intercambian los mensajes de las diferentes ciencias. En CIIPME esta intercomunicación está a cargo de investigadores que han sido formalmente adiestrados en psicología, en sociología, en medicina, en educación, en matemática, en lógica o en computación, que éstas son las especialidades que allí convergen. A esto se agregan los miembros del personal de apoyo, becarios y visitantes del país o del exterior. Hemos recibido investigadores de Francia, Alemania, Uruguay, Canadá, Colombia, Israel, Chile y muy frecuentemente de varias universidades de los Estados Unidos de Norte América con las cuales existen proyectos conjuntos de investigación uno de ellos sobre "Telemedicina e Interdisciplinaria", con el Jefferson Medical College de Filadelfia, U.S.A. Cabe también mencionar investigaciones de índole metodológica sobre un trabajo aún inédito sobre "Scores and Principal Components" que está siendo realizado simultáneamente por investigadores en CIIPME y en la Universidad de Missouri. En el pasado fui responsable de investigaciones conjuntas con científicos de Israel, de Canadá y del Uruguay. A estas actividades corresponde agregar frecuentes solicitudes de asesoramiento en problemas relacionados con nuestra labor, así como mi participación en diferentes paneles relacionados con la evaluación de investigadores o centros de investigación.

En un mundo que día a día se achica, merced a las posibilidades que ofrece la moderna intercomunicación, las ideas se nutren, se desarrollan y se expanden con velocidades insospecha-

das hace pocas décadas. Pero esta facilidad tiene sus inconvenientes, pues el exceso de información, de no estar acompañado de un ponderado examen, puede ocasionar esa grave afección que me he atrevido a llamar "Síndrome autoadquirido de inteligencias confundidas" (SADIC), debido en cierta medida al desequilibrio que existe entre el tiempo electrónico con que nos llega información y el tiempo biológico necesario para entenderla e incorporarla. En un trabajo de próxima aparición sobre: "Inteligencia e información e inteligencia y creatividad" comento este problema al considerar que, de no sopesar debidamente la información que nos invade y avasalla, en lugar de reducir el desorden el mismo se incrementa aumentando así la cantidad de entropía, con todas sus nefastas consecuencias. Con perdón por la ironía, sería tal vez necesario enseñar a cómo aprender a desaprender lo mucho cuestionable que nos brindan los medios de comunicación y que recibimos sin cesar.

Los resultados de las investigaciones realizadas han sido publicados en más de 200 artículos, monografías y capítulos de libros. Estos han aparecido en revistas europeas, norteamericanas, uruguayas y argentinas. Los temas tratados, que han sido en cierta medida, esbozados en párrafos anteriores cubren tanto aspectos metodológicos como resultado de investigaciones. Buena parte de ellos versan sobre solución de problemas en diferentes edades, diferentes áreas y medios culturales diversos, en casos de déficit sensorial (visión y audición), en la relación que existe entre solución de problemas y el sistema autónomo. Diferenciando entre la estructura lógica que subyace a un problema y su forma de presentación (lenguaje, contexto) fue posible establecer cómo las imágenes empleadas afectan los procesos de solución y así evaluar diferencialmente las estructuras y los símbolos empleados para presentarlas.

La evaluación de conocimientos y posibilidades de aprendizaje, principalmente en medicina y matemática, ha sido una preocupación constante. Ello ha determinado que debiéramos desarrollar nuevas metodologías para evaluar las secuencias inherentes a los procesos cognitivos. Fue ardua tarea considerar cómo el orden en que ocurre una pregunta reduce diferencialmente la cantidad de incertidumbre. Para lograrlo utilizamos teoría de información, siendo posible demostrar que las mismas preguntas en diferentes órdenes generan curvas de rendimiento distintas. Todo ello ha sido computarizado y nos permite evaluar a cada sujeto en términos de tantas normas como se desee.

En 1979 fui nombrado Profesor Emérito en la Universidad Nacional de Buenos Aires y en años subsiguientes Profesor Honorario en la Universidad del Salvador, en la Universidad de Cuyo, en la de San Luis, en la de Tucumán y más recientemente se me ha conferido el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad del Salvador, recibiendo además la "Dean's Medal" de la Jefferson Medical School y el Premio al Mérito Científico conferido por la Secretaria de Ciencia y Tecnología de la Presidencia de la Nación Argentina. Entre otras, soy miembro de número de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, de la Academia Nacional de Educación, "Fellow" de la "Royal Society of Health" y Miembro Activo de la "New York Academy of Sciences". A esto debo agregar mi designación como Caballero del Capítulo Hispano Americano de Corpus Christi de Toledo así como otras designaciones y premios con las que he sido generosamente honrado. Ejemplo de ello son, entre otras, el ser Miembro Honorario de la Fundación Miguel Lillo, Presidente Honorario de la Asociación Argentina de Ciencias del Comportamiento, Diploma al mérito de la Fundación Konex, Académico correspondiente de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba.

Y así llegamos a 1996. Miro atrás y veo los cinco Laboratorios e Institutos que me tocó regentar y en cuatro casos fundar. Y por ellos desfilaron y desfilan alumnos de todo el mundo, cada uno con ese don de ser único y sincero en su vocación. Porque en mi trashumar de horizonte a horizonte y de pradera a pradera, recibí en cada lugar mucho más que lo que di. Yo fui sólo el catalizador o el estímulo crítico que tal vez contribuyó a poner en libre acción a algunos cerebros y a sus pensamientos, los que al corporizarse acción. Y miro hacia adelante y veo que se delinean en el futuro nuevos paisajes. Porque hay una secuencia que une al ayer con el hoy y con el mañana

y hace del ayer un temprano mañana y del mañana un tardío ayer. En esta secuencia me muevo con mis colaboradores, colegas y alumnos repitiendo mi convicción de que toda forma de tiranía sobre la mente del prójimo es una rebelión contra los hombres y contra Dios. Y así, en lo por venir, me ayude el Señor.